

Opinión

La lava del antieuropeísmo



CRÓNICAS MÍNIMAS

Manuel Conthe
mconthe@yahoo.com

El Libro Blanco sobre *El Futuro de Europa* que la Comisión Europea difundió el pasado 1 de marzo comienza con un merecido recuerdo a Altiero Spinelli, el político italiano que en 1941 escribió el *Manifiesto de Ventotene*. Spinelli, periodista y miembro del Partido Comunista, fue encarcelado por Mussolini y confinado más tarde, junto con otros intelectuales contrarios al régimen fascista, en Ventotene, un islote próximo a Nápoles y al Vesuvio. Desde allí, en la primavera de 1941, Spinelli y su compañero de cautiverio Ernesto Rossi redactaron en hojas de papel de fumar el manifiesto *Por una Europa libre y unida* que, difundido clandestinamente por toda Italia, serviría pronto de inspiración al Movimiento Federal Europeo. El manifiesto destacaba que, tras la guerra, los partidos progresistas no debían hacerle el juego a las fuerzas reaccionarias “dejando que la lava incandescente de las pasiones populares” volvieran a solidificar los viejos Estados nacionales y a reavivar sus “antiguos absurdos”: debían, por el contrario, impulsar la “abolición definitiva de la división de Europa en Estados nacionales soberanos” y apoyar una “Federación europea”.

Fiel a esa concepción, Spinelli, que renegó del comunismo de Stalin tan pronto supo de sus purgas y atrocidades, logró que, concluida la guerra, el primer ministro italiano De Gasperi impulsara la creación de una “Comunidad Europea de Defensa”, ambicioso proyecto que fracasó cuando en 1954 el Parlamento francés se negó a ratificarlo. Poco tiempo después, sin embargo, el comité Henry-Spaak alumbraría otro proyecto menos ambicioso –una unión aduanera– que desembocaría en la firma del Tratado de Roma en marzo de 1957, hace ahora 60 años.

Geometría variable

En su Libro Blanco, la Comisión Europea describe cinco escenarios. El primero (*carrying on*) sería la mera continuidad. El segundo (*nothing but the single market*) y el cuarto (*doing less more efficiently*) rebajarían las ambiciones políticas de la Unión, como quieren los nacionalistas. En el tercero y el quinto, por el contrario, la Unión seguiría avanzando hacia una mayor integración política, ya fuera entre aquellos países que quisieran (*those who want to*) o entre todos (*doing much more together*). Áreas propicias para esa mayor integración serían la defensa exterior –como quería Spinelli–, la seguridad interna, la fiscalidad o las cuestiones sociales. Aunque el ideal sería la simetría plena del quinto escenario, el único realista es el tercero, el de “geometría variable” o “varias velocidades”, que evitará que el ritmo y alcance de la integración europea los marquen quienes menos la desean.

Ese enfoque flexible sería coherente, además, con la historia de la Unión Europea. Meses atrás, cuando en estas páginas comenté el interesante libro *La Unión Europea como imperio* de Josep Colomer, afincado en Georgetown, recordé cómo en 2007 el entonces presidente de la Comisión, Durao Barroso, se hizo eco de quienes han visto curiosas semejanzas entre la moderna Unión Europea y el viejo Sacro Imperio Romano-Germánico, la federación política europea que, iniciada por Carlomagno y Otón I, perduró hasta su disolución por Napoleón a principios del siglo XIX.

Colomer destaca que en la Unión Europea “ninguno de los niveles de gobierno es soberano para tomar decisiones finales en todos los temas. En esto, el imperio europeo es similar a una federación. Pero, en contraste con los rasgos típicos de los Es-

tados federales, la característica más distintiva de la estructura ‘imperial’ de la UE son sus asimetrías; es decir, los diferentes grados de integración de los países en diferentes temas y la variedad de fórmulas que enlazan los Estados miembros con el centro en Bruselas”.

La afirmación es atinada. Aunque en 1957 el Tratado de Roma estableció reglas uniformes para sus seis países fundadores y reflejó la aspiración de lograr entre ellos “una unión cada vez más estrecha”, ya en 1979 el Sistema Monetario Europeo inauguró un sistema de “flexibilidad” o “varias velocidades” que se consolidaría con la creación del euro –al que pertenecen sólo 19 de los 28 Estados miembro de la UE–; con el acuerdo de Schengen sobre supresión de fronteras interiores –al que no se adhirió Reino Unido–; y con el establecimiento en los Tratados del régimen de “cooperación reforzada” (*enhanced cooperation*), que permite a un mínimo de 9 Estados adoptar, bajo ciertas condiciones, iniciativas vinculantes solo para ellos, aunque abiertas a los demás.

Falsos europeístas

Si nadie lo remedia, Reino Unido (o quizás solo Inglaterra y Gales) abandonará la Unión, a pesar de que nadie cuestionó su previa renuncia al objetivo de alcanzar “una unión cada vez más estrecha” que fijó el Tratado de Roma. Por desgracia, las secuelas de la Gran Recesión, la crisis de los refugiados, el terrorismo yihadista y la fuerte inmigración hacia Europa han hecho que también en otros países amenace con desbordarse la “incandescente lava” del populismo y del nacionalismo. El riesgo

tuvo una manifestación grotesca en el intento del Gobierno polaco de boicotear en el Consejo Europeo de la semana pasada la reelección como presidente del Consejo de su europeísta compatriota Donald Tusk; y tendrá otras más serias mañana en las

elecciones de mañana en Holanda si se confirma el ascenso del partido xenófobo y antieuropeísta de Geert Wilders; y, quien sabe, en las futuras elecciones francesas e incluso italianas.

Lo más grave es que esa deplorable tendencia de nacionalistas, populistas y euroescépticos a culpar a la UE de todos sus males es compartida, de forma inconsciente, por quienes, creyéndose europeístas, no paran de denigrar la “austeridad” presupuestaria que nos exigen “Bruselas” y el euro. Esos “falsos europeístas” parecen no haber entendido que la exigencia que introdujo el Tratado de Maastricht de que un país no mantenga un déficit presupuestario excesivo y prolongado no fue la irracional exigencia de unos negociadores –entre los que estuve– que no habían leído a Keynes y abogaban por políticas fiscales procíclicas: se trata, por el contrario, de la forma de acreditar, para tranquilidad de los demás socios de la Unión, que ningún miembro del euro es una “democracia fallida”, incapaz de solventar a través de sus instituciones democráticas, sin hiperinflaciones ni crisis traumáticas, que inevitable conflicto entre los ciudadanos que quieren más gasto público y los que prefieren menos impuestos.

Los europeístas y federalistas debemos, como Spinelli, movilizarnos contra los nacionalismos, defender la actual UE y apoyar una mayor integración, aunque no la protagonicen todos sus miembros. Pero no debemos soñar despiertos: Alemania y otros países serán reacios, con razón, a embarcarse en nuevos proyectos federales con países que, en teoría europeístas, son proclives al victimismo económico e incapaces de poner su casa presupuestaria en orden.

Presidente del Consejo Asesor
de EXPANSIÓN y ‘Actualidad Económica’

Expansion.com BLOGS

Todas las Crónicas Mínimas en www.expansion.com/blogs/conthe